

Notas de coyuntura

La revocación sonora*

Emilio Cafassi

La irrupción de la furia alegre y la retaliación de la muerte furiosa

LOS ACONTECIMIENTOS DEL 19 Y 20 DE DICIEMBRE de 2001 están llamados a ocupar un lugar decisivo, quizá refundatorio, en la historia política y social de la Argentina. Inmediatamente después de que el presidente De la Rúa finalizó su desconcertante y amenazador discurso por la cadena nacional de radio y televisión comenzaron a sonar las cacerolas, las bocinas y —dada la proximidad de las fiestas— algunos fuegos artificiales. Cuando la ciudad se iba a entregar al sueño, exhausta por los esfuerzos derramados, las esperas crispadas, los auxilios desoídos, estalló la vigilia en el doblar de estas improvisadas campanas. ¿Festejo del estado de sitio? Todo lo contrario: repudio y desafío.

Luego de un buen rato de barullo en balcones, ventanas y terrazas la atomización ciudadana y la soledad en multitud empiezan a derretirse, a encontrar un primer rumbo y derrotero desde los umbrales a las aceras, desde las calles a las plazas y desde las esquinas hacia las avenidas. Cientos de miles, quizá desafiando la represión, arriesgando vidas, cargando con niños, se lanzaron a las calles a frenar la ofensiva, a reconocerse en multitud, a festejar la reconquista de la geografía urbana y de las palabras protagónicas que se nutren de la convergencia.

* Este artículo es una versión modificada del capítulo 3 de Cafassi (2002:79-100). La revista respetó los matices regionales del español usado en Argentina.

Y el desarrollo resultó inesperado. Bajo una forma de autoconvocatoria hacia diversos puntos, sin intervención ni llamada de partido u organización sindical alguna. Los más, en los centros de los barrios hasta la madrugada. En la puerta del domicilio de Domingo Cavallo, el para entonces renunciado Ministro de Economía, se juntaron a medianoche cerca de 4 000 personas. Familias enteras con niños, tambores y cacerolas cantaban, bailaban y ensayaban consignas *ad hoc*. Otros se concentraron en las puertas de la residencia presidencial de Olivos. Muchos más, marcharon, especialmente desde los barrios macrocéntricos hacia la Plaza de Mayo, y permanecieron allí hasta la madrugada. Como simbología política sólo se vieron banderas argentinas. A una declaración ilegal del estado de sitio le correspondió una franca y bulliciosa revocatoria. El miedo, la inseguridad, principales dispositivos psíquicos de la aquiescencia y pasividad, fueron quebrados explosivamente en el reencuentro ciudadano. El posible placer del compartir, la dirección común atisbada, la ratificación de ser muchos, de sumar, de desafiar, de (re)conquistar espacios públicos segmentados explican el carácter semifestivo del inicio de la protesta. Aunque el día después se viera luego enlutado por una —hasta cierto punto previsible— tragedia.

Al día siguiente, ya no fueron cacerolas necesariamente, sino diversas formas de movilización e intentos por ganar la Plaza de Mayo amurallada y vigilada. En las primeras horas, trabajadores del microcentro y vecinos participaron de diversas manifestaciones en torno a la plaza. Pero a medida que transcurría el día, el carácter represivo comenzó a tomar cuerpo y a preparar la masacre posterior. La rabia e indignación se mezcló con el miedo, en un sinuoso ir y venir por las avenidas y calles próximas a la plaza. Los teléfonos celulares auxiliaron tecnológicamente la distribución informativa de los puntos de arremetida de los gendarmes, ya sea por propia experiencia transmitida, ya sea por la televisión seguida desde los bares aledaños. La movilización fue tomando un carácter tenso y desafiante, a la par de la dinámica de los actores, y comenzó a polarizarse entre los que retrocedían o retornaban, entre los que se decidían o no a enfrentar la represión, no sin acusaciones de cobardía, como si el miedo no pudiera encarnar constitutivamente la condición humana revolucionaria.

En verdad, la radicalidad de la protesta, su vigor y valentía, el carácter revulsivo radican más precisamente en la —nada desconocida en la historia argentina— movilización popular y su dinámica. Sin embargo, fueron las cacerolas las que la convocaron, y buena parte de los caceroleros quienes, a su vez, resultaron los sujetos movilizados. La amplitud del sujeto social activo en las protestas carece de antecedentes. Las conclusiones de un estudio de la consultora Hugo Haime y Asociados indican que una tercera parte de la

población de la capital y el conurbano participan o participaron de cacerolazos y asambleas (Kollman, 2002). El cacerolazo tiene un contenido muy vago en cuanto a su carácter propositivo, pero permite la participación de casi la totalidad de los ciudadanos, sin distinción de edades, experiencias y motivaciones políticas acotadas. Sólo precisa de una mínima ventana, y de la olla en cuestión, o algún sustituto sonoro. No nos referimos aquí exclusivamente al del día 19 de diciembre, sino a la totalidad que involucra cuatro cacerolazos espontáneos y un quinto exitoso que fue llamado y organizado por la asamblea interbarrial de Parque Centenario. En conjunto, por tanto, la característica rutilante es la combinación de radicalidad con espontaneidad.

No obstante, tal espontaneidad no aparece subrepticamente, sino que se enlaza con acontecimientos de lucha creciente y acumulativa en los días previos. Lo que subrayamos con ella es que la protesta no fue llamada u organizada por grupo político alguno. El miércoles 12 de diciembre múltiples protestas y cortes de ruta se realizaban en todo el país, y se escuchaban los primeros tímidos cacerolazos, a la par de algunos bocinazos. Al día siguiente todas las centrales sindicales convocaban a un paro nacional contra la política económica que recogió un altísimo acatamiento. Un día después, y pospuesta en razón de este paro, el Frente Nacional contra la Pobreza (Frenapo) realiza la consulta popular que cosechó al menos tres millones de votos hasta el día 17 de diciembre, días en los que rumores de saqueos a negocios los mantenían en alerta permanente. Ya ese mismo día aparecen los primeros saqueos y reclamos de comida en el interior del país que se prolongan en una ola que en los días 18 y 19 se acumulan en el conurbano bonaerense y en algunas ciudades del interior del país.¹

El fenómeno del cacerolazo no es nuevo en Argentina, ni mucho menos en América Latina. Mas aquí sólo tuvo un antecedente de convocatoria limitada por parte del Frepaso (Frente País Solidario) dos años antes. En el resto del subcontinente su ejercicio fue más vasto y extendido, y se remonta al menos a dos décadas atrás, aunque contamos con varios casos recientes. Sin embargo, jamás adquirió la relevancia política, la profundidad y, fundamentalmente, la prolongación en el tiempo que el actual, que suele complementarse con las más diversas formas de lucha y de protesta, e involucrar a una muy amplia gama de actores sociales.

El antecedente de protesta más parecido se remonta a Chile,² cuando el gobierno de Pinochet atravesaba su peor crisis económica, con una inflación

¹ La desaparición posterior de saqueos señala un camino de maduración de la protesta y de configuración del aún complejo sujeto colectivo, trasladando la acción y el reclamo hacia los centros de la opresión, eludiendo enfrentamientos entre víctimas.

² Excluimos de este relato el más que significativo cacerolazo contra Allende en 1972, por el hecho de que estamos analizando puntualmente los acontecimientos que se desarrollan

mayor al 20%, una tasa de desempleo del orden del 24% y con el peso chileno devaluándose drásticamente. La sociedad chilena decidió que era el momento de exigir un cambio y también lo manifestó al ritmo de las cacerolas. El 11 de mayo de 1983 a las 20:00, la ciudad de Santiago quedó “aturdida” con el golpeteo continuo de los cacharros, no sólo en los sectores populares, sino también en barrios de la clase media. Cientos de autos formaron caravanas acompañando la protesta con bocinazos. Con algunas marchas incipientes, los manifestantes retomaron la ciudad por primera vez después de casi diez años, encontrando una respuesta similar a la argentina. Las Fuerzas Especiales de Carabineros reprimieron la manifestación con gases lacrimógenos y balazos. En sectores populares de la zona sur de Santiago, los enfrentamientos dejaron 29 muertos, 200 heridos y cientos de detenidos. Además hubo ataques masivos a poblaciones, allanamientos, torturas y apaleos. En el Chile terrorista, hizo falta más de un cacerolazo popular y muchas otras formas de combate para destituir al régimen de Pinochet pero, en parte, esto fue posible porque estas protestas se repitieron casi cada mes en los años sucesivos.

Las cacerolas jugaron un papel protagónico en el levantamiento de otro estado de sitio en América Latina. En Ecuador en 1999, con la consigna de “Fuera Mahuad”, se estableció el 23 de septiembre como el día de lucha para realizar Marchas de las Cacerolas Vacías. El Frente Patriótico demandaba el levantamiento del Estado de Emergencia, la derogatoria de las medidas económicas, la moratoria de la deuda externa, congelación de los precios: la solución de los conflictos sociales existentes. En este caso, el gobierno también decidió poner fin al estado de emergencia.

En abril del año 2001, las calles de México también presenciaron un cacerolazo ante la intención del presidente Fox de gravar más bienes y servicios. Mujeres de las delegaciones Iztapalapa y Xochimilco, armadas con cucharones, cacerolas y sartenes, algunas con sus hijos, marcharon hacia la residencia oficial del presidente Fox en Los Pinos. Las consignas que lanzaron las amas de casa —“¡el pueblo lo va a impedir, el IVA no va a pasar!”— se mezclaron con el ruido de las cacerolas, que retumbaban a su paso.

Un ejemplo similar se produjo en Venezuela en la noche del 29 de octubre, mientras el presidente Chávez contaba a sus cada vez más escasos escuchas los detalles de una gira por el exterior. Miles de venezolanos convocados

bajo el ciclo neoliberal. Pero esta protesta reaccionaria no puede ser pasada por alto, ya que inclusive, en algún caso, fue esgrimido como antecedente para fundamentar el reparo a la participación al cacerolazo del 19 de diciembre en una mecánica y superficial asociación con este episodio trasandino.

por diversas organizaciones gremiales organizaron protestas que incluyeron desde paros cívicos hasta bocinas de autos y cacerolazos, para protestar por la política socioeconómica del gobierno (Zicavo, 2002).

Es significativo que en la casi totalidad de las protestas caceroleras latinoamericanas, incluyendo la nuestra, la amenaza económica sobre la clase media haya actuado como detonante. Las cacerolas, además de poder producir cierto ruido por su composición metálica si se las golpea, contienen una carga simbólica relativa a la alimentación, pero portan consigo, además, el ominoso atributo simbólico de la opresión femenina, particularmente en lo que a la división sexual del trabajo respecta. Sin embargo, como instrumento político, devino en su contrario: buena parte de las movilizaciones que se iniciaron a partir de cacerolazos contaron con una alta dosis de participación femenina, y reintrodujeron los rudimentarios enseres domésticos para la totalidad de los ciudadanos movilizados, incluyendo obviamente a los hombres. De la organización sindical tradicional, se ha pasado, sin necesariamente excluirla en su totalidad, a la territorial, de la huelga casi excluyente, al piquete, del partido político, a la organización social múltiple y diversificada. Consecuentemente, del sujeto social mayormente homogéneo, se pasa a los sujetos más diversos laxamente articulados, y del varón adulto como principal protagonista de la vida política y sindical, a mujeres y jóvenes en primera fila de la protesta y movilización. Por lo tanto, se resemantizó ahora la olla como instrumento de un nuevo tipo de insurrección, completamente diferente al cordobazo o al santiagazo. Sin dirigentes, ni promesas políticas, sin sujetos sociales preestablecidos, ni alianzas constituidas *a priori*. Una insurrección revocatoria de la sociedad civil contra la clase política, que somete al ciudadano a una relación social de subalternidad. Uno de los símbolos de la hegemonía patriarcal, puesto en acción política ciudadana, despatriarcaliza la lucha. Familias enteras, inclusive con niños en brazos, salen a la calle en pie de igualdad y sin jerarquías manifiestas entre sus miembros. Y a la vez, con semejante masividad, desalientan la represión.

A riesgo de ser acusados de reproducir las modas intelectuales, las luchas sociales que analizamos, se encuentran protagonizadas por lo que Hardt y Negri (2002) llaman multitud, por oposición a pueblo, para lo cual, deben proceder a acotar severamente esta segunda noción.

El pueblo para estos autores, supone una homogeneidad y una identidad sobre la base de una clara delimitación entre un adentro (popular), y un exterior, en virtud de vincularlo directamente a la idea de nación y soberanía. Por el contrario, “la multitud es una multiplicidad, un plano de singularidades, un conjunto abierto de relaciones que no es homogéneo ni idéntico a sí mismo y que mantiene una relación indistinta e inclusiva con lo que es exterior a

él” (Hardt y Negri, 2002:105). Aún pudiendo simplificar excesivamente a los autores, no obstante esta característica deviene fundamentalmente de la imposibilidad de ejercicio de soberanía en una escala nacional, por lo que la propia multitud resulta inexpresable e inhallable nacionalmente. Se trataría de una suerte de multitud global, y por tanto más aplicable al movimiento internacional antiglobalización, que al objeto ceñido de este trabajo.

No obstante, algunos momentos descriptivos de la idea de multitud contienen una sugerente connotación explicativa de la estructuración de este sujeto social movilizado que analizamos. “Con todo, en su autonomía desterritorializada, esta existencia biopolítica de las multitudes tiene el potencial para transformarse en una masa autónoma de productividad inteligente, en un poder democrático absoluto como diría Spinoza. Si esto llegara a ocurrir, la dominación capitalista de la producción, el intercambio, y la comunicación sería derrocada” (Hardt y Negri, 2002:315). Más allá de resultados históricos de un proceso tan abierto a múltiples avances y retrocesos, la autonomía parece ser cada vez más el rasgo perseguido por el movimiento que tiende a estructurarse.

La política burlesca

Como sostengo en otro lugar (Cafassi, 2002:23-50), en la Argentina ha habido una seria lesión a la legitimidad democrática al cabo del último cuarto de siglo neoliberal. Y este deterioro del régimen encuentra en el sujeto ciudadano su soporte subjetivo e individual. En este país, la endeblez de las prácticas democráticas, su falta de enraizamiento social, no sólo se advierte en su clase política, sino también en la conciencia media de su población. Pero dado que ésta se desarrolla en el contexto neoliberal con las características que le atribuimos, y en los días que ya analizamos, en su más pleno colapso, es decir en una crisis terminal de eficacia, su desembocadura puede tener dos resultados extremos: o bien la búsqueda de ella con subordinación (salida autoritaria), o bien su persecución con participación activa (salida legitimante). Esta última alternativa, imposible de ser canalizada por la clase política, por razones tanto corporativas como de dilapidación de la confianza depositada, requiere como primer paso la revocación. Los cacerolazos inician lo que posiblemente será un largo y sinuoso camino histórico, con marchas y contramarchas, hacia la construcción de una salida que responde a la segunda variante. Expresan el fin de un mandato no institucionalizado, un corte abrupto y, además, con las asambleas populares, una intención de inserción participativa de la sociedad civil.

Pero la posible revocación no puede ser concebida sin la noción de mandato, que queda suprimido bajo la forma de la democracia representativa. Volviendo al auxilio teórico de Brocato, “el sistema representativo autonomiza a los dirigentes. La representación política se escinde sistémicamente de la representación social; el Estado, de la sociedad. ¿Qué preserva esta separación? Asegura que el reclamo de igualdad (la cuestión social) no invada la esfera de la libertad. Dicho de otro modo: la igualdad jurídica, de derecho, se aísla y protege de la igualdad de hecho, la de rangos y fortunas” (Brocato, 2000:170).

El instituto político de revocación o revocatoria pertenece a la doctrina de la democracia directa, que en modo alguno puede ser asimilada, sin más, y de manera excluyente, a la forma política de la asamblea (Cafassi, 2002:108-128). Fue, por lo tanto, la democracia indirecta o representativa la que suprimió explícitamente el mandato imperativo (o mandato a secas) y lo substituyó por el mandato representativo impidiendo de esta forma a los electores que transmitieran cualquier mandato o instrucción a los representantes; por consiguiente, a partir de aquí, quedó eliminada la revocación.³ Queda consumada la desconexión o autonomización de los representantes respecto a los representados, o constituida la denominada irresponsabilidad jurídica del representante.

Sin embargo, expresada ya la desconexión, no significa que el discurso político del “candidato” no intente enunciar deseos, intereses e inclusive valores de los electores, bajo la forma genérica de “promesas electorales”, las cuales abordaremos más adelante en su modo mediático de construcción. Y son efectivamente esos deseos e intereses los que constituyen un mandato político (aunque no constituyen aquello que señalamos arriba como mandato imperativo). Del lado del candidato, este mandato se estructura bajo la forma de una oferta con reivindicaciones específicas, planes de acción, resultados concretos en ciertos planos de la vida social, etc.⁴ Pero la violación del

³ El sistema representativo se inaugura con la ley de la Asamblea Constituyente del 22 de diciembre de 1789; ella establecía el régimen electoral tanto para la Asamblea como para los municipios. “De esta ley resulta: a) que los representantes designados para la Asamblea Nacional por los departamentos no pueden ser considerados como representantes de un departamento particular, sino como representantes de la totalidad de los departamentos, es decir, de la nación entera (art. 8°); b) que el medio de designación de los representantes es la elección (arts. 2°, 3°, etc.); c) que las asambleas electorales no podrán formarse por oficios, profesiones o corporaciones, sino por barrios o distritos (art. 7°); d) que los diputados no podrán llevar instrucciones y los electores no tendrán derecho de revocar el mandato de aquéllos (art. 34).” La elección será indirecta y el sufragio tendrá carácter “censitario” (distinción entre ciudadanos “activos” y “pasivos”, y nueva distinción entre los primeros para ser electores o elegibles) (López, 1987:384-385).

⁴ Carlos Menem llega a la primera presidencia con severas críticas al modelo neoliberal, proponiendo una revolución productiva y un *shock* distributivo que llamó “salariazo”. Sin

mandato popular es posible, no por las más o menos antiéticas o mentirosas actitudes personales de los representantes, sino porque el mandato ha quedado suprimido jurídicamente y, junto con él, el dispositivo político que castigaba su incumplimiento, es decir el instituto político de la revocación por parte de los electores.⁵

Por lo tanto la revocación de los mandatos de De la Rúa y Rodríguez Saa, que expresaron y ejecutaron los cacerolazos, se trató de revocaciones de hecho, no de derecho, o en otros términos, de revocación sin revocabilidad. A partir de aquí, designaremos entonces como revocación a este ejercicio de hecho, y como revocabilidad, al derecho correspondiente instituido en una de las partes constitutivas de la democracia directa.⁶ Este movimiento social contra la expropiación de empleo, salarios y ahorro,⁷ tomó la sartén por el mango, ante el hartazgo de tanta defraudación acumulada en casi dos décadas de promesas incumplidas, de impotencia y corrupción. Y la hizo sonar a fuerza de cucharón. El ciudadano, previo a estos acontecimientos, quedó convertido en simple votante y, en tanto tal, rezagado sólo a optar por dirigentes. La obturación del sistema electoral argentino se ve reforzada además por el formato de lista "sábana", que disuelve toda posibilidad de reflexión selectiva respecto al candidato y a su relación con el cargo al que aspira, a la par que la propia desaparición de la plataforma política, y la delimitación programática. A la vez, refuerza todavía más el carácter corporativo de los aparatos políticos. Por último, la magnitud de la circunscripción termina por consumir el más pleno desconocimiento del candidato a ejercer la representación.⁸

embargo, durante su mandato profundizó el proceso de desindustrialización neoliberal y la consecuente caída de la producción, incrementando las importaciones. Los salarios quedaron congelados y comenzó a aumentar la tasa de desempleo, produciendo una tendencia hacia la caída de su valor, aunque ésta fuera compensada parcialmente por el descenso del valor de cambio de algunos medios de subsistencia, originado por el ingreso de mercancías importadas. Esto quiere decir que Menem viró 180° con respecto a la reforma constitucional. Durante las elecciones legislativas sostuvo que se opondría a toda posibilidad reeleccionista, pero un mes después de celebrados los comicios llamó a una convención partidaria en la que impulsó la modificación constitucional. Nuevo ejemplo de burla del mandato popular.

⁵ "En la nueva doctrina, pues, los diputados electos, al constituirse como tales en el parlamento, representan a la nación toda, y no a los electores regionales que los han votado. Concluye con ello la práctica del 'mandato' (o 'mandato imperativo', como se dice para diferenciarlo del 'mandato representativo'), de larga tradición en las comunas y corporaciones de los burgos —retomada por las 'secciones' parisienses—, y se inicia la era de la 'representación' " (Brocato, 2000:188).

⁶ Véase un análisis de esta cuestión en el capítulo 4 de Cafassi (2002).

⁷ Véase un tratamiento más amplio de este movimiento en el capítulo 2 de Cafassi (2002).

⁸ En nuestra Universidad, rige la lista sábana para todos los claustros, y a la vez un principio de proporcionalidad en la representación, creado por y para la Franja Morada, que de

Si a ello le agregamos la simultaneidad de las elecciones de distintos niveles (nacionales, provinciales, municipales) y la de los poderes legislativo y ejecutivo), se promueve al elector —de acuerdo con la posible seducción mediática que irradie el caudillo o puntero que encabeza la lista o realiza la campaña— a votar en bloque todos los cargos, aunque puedan cortarse boletas.

Esta revocación de hecho terminó también con dos de los consuelos electorales (tan ineficaces como el neoliberalismo), llamado “voto castigo”, uno, que en el mejor de los casos expresaba el repudio por el personaje o partido en cuestión pero dejaba intacto el sistema en que se producían y reproducían, y votar “políticos honestos”, el otro. Ambos seguían desplazando el verdadero problema: la no intervención del ciudadano en la toma de decisiones y en el control de los que las toman.

Precisamente, el descalabro institucional actual proviene del hecho de que el propio régimen representativo y fiduciario, delegativo en los términos de O’ Donnell (1993), no puede absorber la protesta y realimenta la lucha, ya que carece de dispositivos institucionales para canalizarlas en la medida en que ha sido construido para autonomizar a los representantes de los representados. La historia argentina está plagada de ejemplos en los que las luchas sociales por las estafas electorales cometidas no sólo condujeron a la crisis de los gobiernos, sino también a la debacle del régimen político,⁹ y hasta ahora con su más horrenda desembocadura autoritaria. De ahí la dramaticidad del momento presente, la imperiosa necesidad de expandir en cada ámbito y circunstancia la democraticidad, en el sentido de distribución del poder decisonal. De ahí la movilización ciudadana, la necesidad de explorar los máximos niveles de unidad para frenar posibles defensas violentas de la “gobernabilidad” avasallada.¹⁰

hecho favorece a la primera minoría, particularmente cuando existen muchas listas, cosa que se verifica en el claustro de estudiantes, mucho más que en el resto. Cuando la izquierda ha ganado alguno de estos lugares, jamás cuestionó ni la existencia de estas listas, ni este principio de representación que duplica o triplica la cantidad de representantes respecto al porcentual de votos obtenidos.

⁹ Volvemos aquí a la distinción entre régimen y gobierno.

¹⁰ También deberá resguardar los logros indiscutibles en materia de protestas demostrativas —cuyo objeto es simplemente la denuncia social—, evitando extenderlas por fuera de justificación originaria. Un claro ejemplo es del “escrache”. Este término del lunfardo porteño designa la protesta inaugurada por la agrupación de derechos humanos “Hijos”, que consiste en denunciar el domicilio de un torturador, es decir, burlar su pretensión de anonimato informando a la sociedad, y en particular a su vecindario, del pasado del personaje. El “escrache” constituyó una herramienta legitimadora para denunciar delincuentes de gravísima magnitud que escaparon a la Justicia o fueron beneficiados por leyes atentatorias al principio de igualdad

Del Marshall al McLuhan argentino

La magnitud de la crisis argentina ha dado lugar a algunos interrogantes retrospectivos, en especial de origen periodístico, que tienden puentes comparativos con los países derrotados de la última conflagración mundial y su posible capacidad de recuperación. Sus orillas más pueriles apuntan a relacionar la actitud de los “pueblos” en esa recuperación, y a recordar, a partir de esto, la casi excluyente inmigración europea en la constitución de la “nacionalidad”.

Sin embargo, esta inquietud no resulta ociosa, ni exagerada, considerando al mundo en conjunto. Hoy el planeta vive condiciones de atrocidad similares a las de la Segunda Guerra, sólo con la pobreza y la indigencia generalizadas. Esta tendencia viene siendo denunciada anualmente en cada informe de UNICEF. Si consideramos que “al menos once millones de niños menores de cinco años mueren al año por causas evitables”, y que “ciento cuarenta y nueve millones de niños en los países en desarrollo padecen malnutrición”,¹¹ y lo comparamos con la estimación de alrededor de 70 millones de muertos durante los seis años de guerra, no estamos tan lejos de igualar las cifras de ese momento histórico de la barbarie en materia de mortalidad infantil evitable y ominosa.¹²

Esta misma variable en la Argentina, si bien viene marcando una tendencia levemente declinante (casi 12 000 muertes de menores de un año en el año 2000, contra 17 000 en 1990), se revertirá y agravará seriamente a partir de la crisis abierta en 2001. Pero la sola mención de un nivel de pobreza que alcanza los 14 millones, un índice de desocupación que supera holgadamente el 20% y que seguramente se remonte a cifras próximas a la mitad de la población económicamente activa si le añadimos la subocupación o el empleo precario (lo que los estudios laborales llaman desempleo encubierto) justifican el nexo comparativo con la desembocadura de la guerra. En el último cuarto de siglo, el país ha quedado con índices sociales que evocan la resultante de una guerra.

ante la ley (obediencia debida y punto final) o indultos. Ampliar sin límites esta forma de denuncia herrumbrará esta poderosa herramienta, al igual que el ejercicio de la violencia contra políticos, sean corruptos o no, confundiendo cuestionamientos a la incompetencia con delitos penales.

¹¹ Véase diario *Clarín* del 12 de marzo de 2002, Buenos Aires, p. 32.

¹² Será útil señalar que hablamos simplemente de muertes de niños por su carácter atroz y, por lo tanto, denunciativo, pero que no agota la totalidad de las muertes por causas económico-sociales, ni la permanente existencia de guerras y conflictos armados de alcance más limitado que la guerra mundial, pero igualmente monstruosos.

Al fin de la Segunda Guerra Mundial en mayo de 1945, Europa estaba en ruinas. Los campos antes fecundos se convirtieron en series de cráteres por efecto de las bombas, y los surcos de los sembradíos fueron remplazados por los de las orugas de los tanques. En la Argentina actual, los campos no sufren estos efectos, aunque buena parte de ellos se encuentran inundados y, los de menor envergadura, con sus productores endeudados e hipotecados. De todas formas, la productividad agrícola-ganadera, nada despreciable en el producto nacional, se encuentra en manos de latifundistas muy concentrados que vuelcan cada vez mayor cantidad de excedentes a la exportación, y lo harán aún más con las actuales medidas económicas devaluatorias.

Las ciudades europeas, al menos una parte significativa de ellas, quedaron destruidas (sólo en Alemania se estima en 500 millones de toneladas de escombros); los edificios quedaron abandonados; las fábricas y negocios, destruidos, por lo que buena parte de la población quedó desempleada. Las ciudades argentinas están materialmente intactas, pero una porción significativa de las fábricas del conurbano han sido abandonadas, los negocios quebraron y, también, como ya sostuvimos, buena parte de la población quedó desempleada. Por aquel entonces la comida era tan escasa que millones de personas estaban al borde de la inanición. Aquí, y ahora, la comida abunda, pero millones de personas se encuentran al borde de la inanición ya que carecen de dinero para comprarla.

En Europa, fue a través del Plan Marshall que pudo lograrse una rápida reconstrucción. Sin embargo, este plan no contó con consenso inmediato en los Estados Unidos. Los opositores sostenían que los costos de semejante programa provocarían recesión en la economía doméstica americana. Sus defensores enfatizaban que retrasarse en la ayuda a los países diezmados por la guerra los acercaba al peligro de la dominación soviética. Los llamados planes de ayuda para la Argentina se realizan a través del Fondo Monetario Internacional, y el Banco Mundial, con pleno apoyo americano, pero no apuntan a ninguna reconstrucción social y productiva, sino fundamentalmente al control de los gastos fiscales y el aliento a las privatizaciones y el cumplimiento de los compromisos crediticios. El peligro de la dominación soviética quedó definitivamente conjurado con la caída del muro de Berlín, por lo que el estímulo político de entonces resulta irreproducible aquí. Además, el debilitamiento de uno de los principales socios del Mercosur, lejos de preocupar al gobierno norteamericano, alienta el avance del proyecto ALCA, bajo su plena hegemonía. En el año 1948, con la anexión soviética a Checoslovaquia, esta última postura favorable con respecto al plan de ayuda comenzó a ganar la pulseada, y la oposición interna al proyecto comenzó a retroceder. Es así que este plan fue aprobado definitivamente por el Congreso America-

no —que contó con la presencia del presidente Truman y todo su gabinete— en abril de 1948 (diez meses después de haber sido presentado). En su discurso sostuvo: “Esta medida es la respuesta de América al desafío que enfrenta el mundo libre hoy”. Este llamado “mundo libre” no parece amenazado por la debacle argentina.

En aquel momento, el temor americano era que los problemas financieros después de la Segunda Guerra Mundial y el creciente desempleo después de la crisis de 1929 volvieran a repetirse. Pero no es el temor que actualmente se enfrenta ante la perspectiva de una cierta reactivación de la economía. Aquel plan fue concebido como una manera de aumentar las exportaciones, por lo que su propaganda hacía un amplio llamamiento a los hombres de negocios americanos, a la banca nacional, e inclusive a los obreros y productores agropecuarios. Las posibilidades inmediatas de que una ayuda y eventual recuperación argentina repercutan realimentando la economía americana carecen de significación.

Durante los años del Plan, buena parte del dinero se invertía en los Estados Unidos para la producción de alimentos y artículos manufacturados, por lo que la economía americana vivió un momento de florecimiento. Cuando el Plan Marshall se estableció, la oposición comunista creció, y comenzaron las tensiones de la guerra fría por la fuerte oposición del Canciller soviético Molotov. Además de rechazar la participación en el Plan Marshall, la Unión Soviética impidió a los países europeos Orientales bajo su mando que se incorporaran a él.

La reconstrucción de Europa occidental fue posible por la enorme inyección económica del Plan Marshall, y por la aplicación de políticas keynesianas o del Estado de Bienestar, con características redistributivas. El contexto argentino resulta exactamente el inverso. Las intervenciones del FMI y del conjunto de los organismos de crédito internacionales actúan como una suerte de Plan Marshall inverso, que succiona recursos hacia el centro, es decir, de los sectores populares hacia el capital tanto vernáculo como foráneo y produce resultados regresivos o de redistribución negativa. Por lo tanto, ese estilo de reconstrucción europea resulta imposible en estas latitudes, por el contexto político, económico e ideológico en el que nos encontramos. Quizá pueda aportar algo más el análisis del caso japonés, fuertemente autocentrado y que prioriza la industria pesada de posguerra (acero fundamentalmente). Aunque también las diferencias son apreciables por el contexto histórico y las particularidades del país en cuestión.

No es precisamente en la conquista de la legitimidad reconstruida, luego del avasallamiento nazi, fascista y franquista, donde puede plantearse el énfasis prioritario del resultado, aunque este aspecto reforzó notablemente el

patrón de acumulación de capital. No lo estamos despreciando. Justamente la continuidad de Franco explica el grado de atraso español para alcanzar esta reconstrucción. Sólo queremos señalar sintéticamente tres cuestiones comparativas también en el plano político:

- 1) Que el grado de consolidación e institucionalización alcanzado en los países centrales, el funcionamiento de algunos contrapoderes, la independencia de los poderes, etc., se explican más por el carácter menos salvaje, o por la mayor capacidad de generar resguardos sociales ante la desigualdad inherente al capitalismo, es decir, por la intervención efectiva del Estado en el plano de la eficacia. No es, por tanto, un tipo de régimen político el que construye un tipo de Estado, sino este último el que consolida y estabiliza al primero.
- 2) Que, no obstante, esta institucionalización alcanzada no supera en modo alguno, en lo esencial, el dispositivo expropiador de la capacidad de decisión y control popular del que se apropia la clase política. El dispositivo sigue siendo representativo y, por tanto, elude cualquiera de las cuestiones institucionales señaladas en el apartado anterior, que el cacerolazo argentino viene a plantear de hecho.
- 3) Que la endeblez del régimen local, comparativamente con el de los países centrales, y en un contexto en el que la eficacia no puede ser atendida por las clases políticas que la propia estructura generó, desplaza la protesta y la lucha hacia el plano de la legitimidad, produciendo de hecho prácticas políticas en la propia protesta y la lucha, que dan lugar a institutos alternativos a los formalmente vigentes.

Para todo esto debió producirse una abrupta transformación en el sujeto social involucrado en las protestas, quizá momentánea o quizá más estructural, según se pueda ir institucionalizando o no como derecho. Debió pasar del receptor pasivo del mensaje mediático al productor activo de discursividad política propia y original.

Del *homo videns* al *homo politicus*

El *homo videns*, según la denominación de Sartori, que da cuenta de la construcción de la video política (Sartori, 1998:12), da paso, en nuestro actual escenario, a un repentino —y quizá lamentablemente transitorio— *homo politicus*, un hombre de la *polis* que crea en la acción una suerte de paideia cívica, rebasando el sentido de realidad (y en este caso debiéramos decir

también impotencia) que confiere una pantalla televisiva. Y se introduce en ella al modo de los personajes de *La rosa púrpura de El Cairo* en la genial concepción de Woody Allen: van y vienen de la escena a la ciudad, de la ficción a la realidad, y viceversa. Se rompe así con la ácida aseveración de Bauman de que "...es poco lo que podemos cambiar —individualmente, en grupos, o todos juntos— del decurso de los asuntos del mundo, o de la manera en que son manejados [...] las únicas reivindicaciones ventiladas en público son manojos de angustias y sufrimientos privados que, sin embargo, no se convierten en temas públicos por el sólo hecho de su enunciación pública" (Bauman, 2001:9-10).

Cuando Margulis, en un texto anterior a estos acontecimientos, refiere que "ya no hay más concentraciones de personas o son cada vez más escasas" (Margulis, 2001:136), lo hace en la dirección del cuestionamiento esencial de Sartori. "La representación política se impone ahora a través de las máquinas publicitarias y se vende como un jabón. El político debe atender a su cara y a sus gestos, debe dar bien en la televisión, mostrar su perfil más favorable, decir frases cortas y eficaces —sin correlato necesario con la realidad, agregamos nosotros—, aprender a actuar frente a las cámaras. Ya no hay acción colectiva, la televisión genera televidentes, personas pasivas y aisladas que no tienen comunicación entre sí" (Margulis, 2001:136). No se trata de un fenómeno nacional, sino de una tendencia hacia la expropiación cada vez más generalizada del poder ciudadano mediante la combinación de las formas representativas que, como ya sostuvimos, profundiza la desconexión representantes-representados, con la influencia cada vez más penetrante de los medios masivos tradicionales de comunicación, la más perniciosa de las cuales se evidencia en la televisión. Esta reemergencia ciudadana rompe brutalmente con el monopolio de los medios audiovisuales en la construcción de la mediación política.

En nuestras tierras, esta axialización mediática como forma de articulación política generó una adaptación presurosa de las antiguas prácticas a la nueva situación comunicacional, con escasas o nulas reflexiones sobre la necesidad de abrir un debate acerca de la relación de los medios con la democracia.¹³ La discusión sobre la información como servicio público o social,

¹³ No así en varios países europeos desde las primeras evidencias de que la televisión modificaba al más tradicional de la política. En su carácter de casi omnímodo instrumento de poder social, se planteó la necesidad de discutir una regulación legal que, sin eliminarla obviamente, pudiera articularse dentro de un sistema democrático. La discusión, en un contexto evidentemente capitalista, oscilaba entre la necesidad de resguardar la autonomía individual y de garantizar una información plural e imparcial, esenciales en la toma de decisión en una democracia. Como era de esperar, en los Estados Unidos tiene mayor preeminencia el mercado

la garantía de la difusión de todas las opiniones, la existencia de un ente que defienda al ciudadano de los abusos del emisor del mensaje e iguale las oportunidades de ser informado con imparcialidad, la introducción del derecho a réplica, entre una larga lista de derechos sociales y democráticos, estuvieron y están ausentes en la agenda de partidos y dirigentes en la totalidad del espectro político local. Es muy llamativo el hecho de que tampoco ocupan lugar alguno en las demandas de las izquierdas orgánicas. Por el contrario, los dirigentes rápidamente se adaptaron a las exigencias de la imagen, al punto que muchos están convencidos de que los medios sustituyeron a los partidos.¹⁴ Inducidos a captar electoralmente la mayor masa posible de votantes que les permita acceder al cargo político homogeneizando y/o disolviendo ofertas que satisfagan a todo o casi todo el mercado electoral, se han ido progresivamente desideologizando, lo que se traduce en un tipo de discurso difuso y generalizador orientado prioritariamente hacia la estrategia seductiva del eslogan antes que a la construcción ideológico-programática de un proyecto de gestión.

El Frepaso es quizás el ejemplo más rotundo en esta confianza y adaptación a la dinámica mediática. Seducidos por la ideología del poder de los medios, la video política es el camino más directo a la instalación en el poder. El modo de introducirse en la sociedad política pasó a depender de la aparición o no en los medios, que a su vez es el modo de emerger en las encuestas, retroalimentando así esta interacción. Pasa ahora a importar el quién, y no el qué o el cómo. Esto tendió a arrasar con las actividades más tradicionales en las que una mínima relación intercomunicativa podía establecerse. Desaparecieron las reuniones de base, y los actos públi-

como garante de esa autonomía individual, aunque con regulaciones antimonopólicas. El sistema europeo, por su lado, se inclinó por jerarquizar la información plural, caracterizando a los medios electrónicos en general, y televisivos en particular, como un servicio público. En algunos países escandinavos, los televidentes y lectores se están organizando sindicalmente, para exigir participación en la programación. Tampoco en América Latina ha pasado desapercibido. La propuesta de los codirectores de la revista *Diálogo* de la Unesco, Gabriel García Márquez, Carlos Fuentes, Federico Fasano, Ana Prera y Germán Carnero, llamada de Comunicación Concertada en la que pretenden sentar en una misma mesa a los medios, al Estado y a la sociedad organizada en sindicatos de consumidores de información, es enfatizar la asunción de la información y la comunicación como un bien social, y no como una mercancía.

¹⁴ Resulta sumamente ilustrativo a este respecto como, dadas las obvias razones de desigualdad en el acceso a los medios audiovisuales, las izquierdas orgánicas comenzaron a imitar el tipo de afiche de los partidos tradicionales. Si antes se utilizaba el limitado espacio de una gigantografía para aportar algo de contenido textual, aunque más no fuera un conjunto de consignas, últimamente el espacio dedicado a este texto fue sustituido por una foto retocada del candidato en cuestión. Y así hasta los stickers.

eos,¹⁵ al tiempo que comenzaron a menguar las movilizaciones. También desaparecieron las conferencias sobre temas de actualidad,¹⁶ los libros de análisis político, los periódicos partidarios de los partidos tradicionales, los congresos y hasta los propios partidos, en la naturaleza en que los conocíamos. La combinatoria del rating y la encuestología ocuparon el lugar de la militancia en los partidos tradicionales.

Y comenzaron a debilitar al puntero, desbordado por la precarización social (Cafassi, 2002:51-77), poseedor de las fichas afiliatorias, señor feudal del aparato territorial. La televisión expulsa al puntero en su rol de mediador entre el dirigente y la base. Se construye una relación que prescinde de él y la reemplaza por una más directa entre el candidato y su "público". Pero una vez instalada, deja de ser controlada por el líder que depende del medio cada vez más. En este sentido la expresión ceñida de McLuhan (1969) cobra sentido en la vida política: el mensaje es el medio. La imagen no permite la historización, no construye un tiempo acumulativo, histórico. El tiempo de la televisión es siempre presente, se mide en instantes; es el tiempo de la urgencia y la superposición. Como instrumento político es un medio de incomunicación de masas.

De este modo, el contenido programático de las propuestas de gobierno de los partidos decae con respecto a la deposición de la confianza en las personas, a las estrategias de imagen y a los discursos simbólico-consignistas.¹⁷ Así, una política de comunicación orientada de modo predominante hacia la gestualidad y simbología produce mayorías emocionales o simbólicas. La legitimidad simbólica predomina sobre la eficacia decisional, y el debate interactivo es siempre eludido.

Entre el *homo videns* y el *homo politicus* no hay reconciliación posible. Ambos sujetos se adscriben a lógicas incompatibles. Lo político requiere de un sujeto pensante, con capacidad de análisis y síntesis, con respeto por la palabra y comprometido con lo social. De forma tal que sobre el medio no puede operarse un oportunismo fetichista, en el sentido que su contenido cambiaría radicalmente en otras manos ideológicas, de la misma manera en que el poder o el Estado no modificará su carácter opresivo, en idénticas circunstancias, si no se transforma raigalmente en prácticas de nuevo tipo. El vacío conceptual que sobre estos aspectos ha reinado en las izquierdas ha

¹⁵ Recuérdese los millones de personas que participaron de los cierres de campaña de 1983.

¹⁶ Piénsese en el rol que tuvo la librería Liberarte en los ochenta en la organización de debates políticos.

¹⁷ Estos aspectos exceden a los partidos tradicionales.

sido eclipsado por una concepción instrumental y positivista, que consuela al sujeto con una readaptación del objeto por la simple posesión.

Es así que tanto las consecuencias sociales del modelo neoliberal, como las transformaciones de la mediación comunicativa de los partidos tradicionales en el sentido que venimos señalando, se complementan mutuamente, deteriorando la posibilidad de la representación y, en consecuencia, poniendo en crisis a la clase política gobernante.

He aquí aquello que el 19 y 20 de diciembre comenzó a resquebrajarse. Una nueva semántica de la ciudad comienza a emerger abruptamente. La ciudad fue dejando de ser expulsiva y, la televisión, comenzó a perder su atractivo. Esta forma de “demoesclerosis” que transforma al ciudadano en una suerte de encuestado y televidente colapsó junto al sistema económico. El ciudadano atrapado dentro de una igualdad jurídico-abstracta que le ofrece una cancelación imaginaria de las divisiones sociales reales comenzó a querer hacerse dueño de la ciudad y, por tanto, a intentar construir la ciudadanía.

Los cacerolazos son su primer paso en esta dirección. Podemos hipotetizar que su disparador inmediato fue la expropiación a la que fue objeto buena parte de la ciudadanía, es decir una resistencia en el plano de la eficacia que inmediatamente se situó en la esfera de la legitimidad. Hoy asistimos a una sistemática protesta cacerolera contra la Corte Suprema de Justicia y por la elegibilidad de los jueces, por poner un ejemplo relevante. Por tanto podemos ver en las cacerolas una suerte de síntesis, una forma de protesta legítima y eficaz a la vez. Un llamado a la revocación, que quizás alcance a plantear un principio institucional de revocabilidad. Pero fundamentalmente, una protesta por la (re)vocación de la política, como el modo de intervenir eficazmente en el rumbo de los propios destinos.

Recibido y revisado: mayo, 2002

Correspondencia: Perón 3830 7° “B”/1198 Buenos Aires/Argentina/correo electrónico: cafassi@mail.fsoc.uba.ar

Bibliografía

- Bauman, Zygmunt (2001), *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Brocato, Carlos (2000), *¿Adónde va la democracia?*, Buenos Aires, Areté Editora.

- Cafassi, Emilio (2002), *Olla a presión. Cacerolazos, piquetes y asambleas, sobre fuego argentino*, Buenos Aires, Libros del Rojas/Universidad de Buenos Aires.
- Hardt, Michael y Antonio Negri (2002), *Imperio*, Buenos Aires, Paidós.
- Kollman, Raúl (2002), "Retrato de un país que vive en Asamblea", Buenos Aires, *Diario Página/12*, 10 de marzo de 2002.
- López, Mario (1987), *Introducción a los estudios políticos*, voi. 2, Buenos Aires, Depalma.
- Margulis, Mario (2001), "La ciudad y sus signos", *Revista Sociedad*, núm. 19, diciembre, pp. 121-138.
- McLuhan, Marshall (1969), *La Galaxia Gutenberg*, Madrid, Aguilar.
- O'Donnell, Guillermo (1993), "Estado, democratización y ciudadanía", *Nueva Sociedad*, núm. 128, pp. 62-87.
- Sartori, Giovanni (1998), *Homo videns, la sociedad teledirigida*, Buenos Aires, Taurus.
- Zicavo, Eugenia (2002), "Cambia, nada cambia", *Hecho en Buenos Aires*, núm. 17, segunda edición, enero, pp. 4-5.